La niña que quería ser naturalista

La evolución de Calpurnia Tate es una novela sencilla, transparente como el agua de un manantial, con un trasfondo de ciencia entretejida entre historias comunes. El destino de la protagonista está marcado por la naturaleza que la rodea y su inteligencia innata

La evolución de Calpurnia Tate
Jacqueline Kelly
Traducción de Isabel Margelí
Roca. Barcelona, 2010
268 páginas. 18 euros

Por **José Manuel Sánchez Ron**

La evolución de Calpurnia Tate no es un libro complicado, sobre el que se puedan escribir sesudas reflexiones, en las que se buscan, y finalmente identifican, complejas claves que el lector común, ese que busca sobre todo entretenerse y si es posible emocionarse en algún momento, no advierte. Todo lo contrario, es esta una novela sencilla, transparente como el agua de un humilde manantial. Narra la historia de una niña, Calpurnia Virginia Tate, de 11 años, la única chica de los siete hijos de un algodonero de una pequeña localidad de Texas, en la que la supervivencia se basa en plantar algodón y pacanas o en criar ganado. Es la suya una familia pudiente, pero con los lujos de 1899, el año en el que transcurre la historia.

El destino de una niña en una villa rural decimonónica en la América profunda era, por supuesto, "sus labores" y el matrimonio, pero no es esto lo que Virginia, *Callie Vee,* como la llama todo el mundo, desea. ¿Y qué es lo que deseaba? Esto es algo que va surgiendo según se va desarrollando la trama. No es una vocación innata, sino el fruto de la conjunción de dos factores: la naturaleza que la rodeaba y la inteligencia que tenía.

Campo de algodón en Tejas, en los años sesenta. Foto: Danny Lyon / Magnum

La naturaleza es la de una casa separada de un río por una parcela de dos hectáreas de hierba salvaje y caótica, en, al principio, un tórrido verano. La combinación perfecta para que aparezcan insectos por todas partes, en los que la perspicaz niña se fija. Tan despierta es que cuando sus hermanos se quejan de la escasez de gusanos para pescar y de lo difícil que resulta encontrarlos cavando la dura y seca tierra, ella piensa que si los gusanos salen siempre con la lluvia, no sería muy complicado hacerles creer que llovía. Así que decide verter agua en una zona dos veces al día. Y pronto aparecen los gusanos. Cuando desvela el "truco" a uno de sus hermanos, éste la recompensa con un cuaderno con cubiertas de piel: "Puedes usarlo", le dice, "para apuntar tus observaciones científicas. Eres toda una naturalista en ciernes". El problema es que ella no sabía qué era una naturalista, pero decide dedicar el resto del verano a la tarea. Y ahí aparece el otro personaje central de la novela, su abuelo, el patriarca fundador del negocio familiar, Walter Tate, que ha dejado todo en manos del padre de Callie y que lleva una vida aparte del resto de la familia, metido en su biblioteca y haciendo experimentos. Resulta que él sí es un experimentado naturalista.

Contar más cosas es algo que un crítico nunca debe hacer y no traicionaré yo esta elemental regla. Únicamente diré que buscando una explicación de por qué había más saltamontes de un tipo que de otro, Callie descubre el mecanismo que en 1859 había introducido Charles Darwin para explicar la evolución de las especies: la supervivencia de los más aptos. La luz que se enciende en la mente de Callie Vee cuando encuentra la explicación servirá a muchos lectores mejor que tratados más refinados y complejos sobre la teoría darwiniana. Y así la relación abuelo-nieta, prácticamente inexistente al principio, se va intensificando. El viejo va enseñando a la niña los rudimentos del método científico, y ésta los absorbe aunque, ay, se encuentra con que lo que su madre quiere es que aprenda otras cosas. Cocinar, hacer punto. Prepararse, en definitiva, para ser una buena esposa.

Como decía al principio: se trata de una novela sencilla, con un trasfondo de ciencia, esa cosa aparentemente compleja que aquí se absorbe casi sin darse cuenta, entretejida en historias más comunes. Una novela sencilla, sí, pero ¿no lo eran también muchas otras que leímos cuando no teníamos el corazón tan endurecido, cuando teníamos todo el mundo por descubrir? Y nunca olvidamos aquellas historias. •

Ilusionismo novelesco

Las teorías salvajes
Pola Oloixarac
Alpha Decay. Barcelona, 2010
275 páginas. 19 euros

Por **J. Ernesto Ayala-Dip**

De *Las teorías salvajes,* primera novela de Pola Oloixarac (Buenos Aires, 1977), se pueden extraer varias conclusiones. Y también algunas no pocas enseñanzas. Empecemos por las conclusiones. La primera y más relevante tiene que ver con el futuro de la novela. Oloixarac, como lo vienen haciendo en España autores como Juan Francisco Ferré, Agustín Fernández Mallo, Germán Sierra y Vicente Luis Mora, pone en funcionamiento un paradigma de representación de la realidad partiendo del supuesto de que los viejos esquemas de la narrativa tradicional —llámese novela realista o realismo mágico, novela lírica, etcétera— están forzados a redefinirse por la irrupción de los nuevos mecanismos de comunicación: digamos Internet, *blogs,* SMS. Por lo tanto, la novela tiene futuro sin que eso invalide la vigencia de los presupuestos redefinidos: estamos en la era del eclecticismo. Habrá quienes todavía sueñen con el reino definitivo de Proust. Otros con el advenimiento de las nuevas formas: el viejo antagonismo entre lo nuevo y lo antiguo del siglo XVIII reverbera y arrastra consigo el compromiso de los lectores, también nuevos y antiguos. Otra conclusión es que *Las teorías salvajes* no tiene encaje en ninguna taxonomía novelística, entre otras razones, porque ella se busca y se halla la suya propia. Pola Oloixarac inventa una voz femenina nacida en 1977. Un año después del golpe de Estado, ese terrorífico gesto de la maldad humana llevada hasta sus últimas consecuencias en Argentina. La era de las "muchachas hermosas" pisoteadas por las botas militares. Pero esa era también la de los mesiánicos redentores del proletariado que llegaron a ponerle estribillo y melodía imbéciles a la muerte de sus víctimas. La crueldad infinita aliada con la estupidez histórica. En el orden de las enseñanzas que mencioné al comienzo, señalaría la operación de ilusionismo novelesco que ensaya la autora. Crea un discurso (desde un yo enfáticamente femenino) a caballo entre la antropología, la filosofía, el replanteamiento de la historia argentina más reciente (incluidos sus señales y roles más despreciables). Todo ello simulando digresiones (y cuando hablo de digresiones, me refiero a Tolstói, Dickens, Poe, Melville), merodeos teóricos que exigen la puntual risotada y la sensación de que toda la ironía que invade la novela te compromete como ser humano nada ajeno a lo que lees. Pola Oloixarac crea una novela sorprendentemente madura. Hablo de la madurez de su escritura, de la nitidez hiriente de los caracteres humanos. Una propuesta distinta de belleza estética en medio del desastre, la oscuridad y la idiotez que nos rodea. Me gustó una frase de Juan Terranova en su relato-prólogo a *Hablar de mí* (Lengua de Trapo), antología de jóvenes cuentistas argentinos: "Y pese a todo, mi paranoia sigue siendo analógica". Paranoias analógicas y digitales: un incierto paisaje con futuro novelístico. •